

OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—Doña Perfecta (3.^a edición). 2 pesetas.
- II.—Gloria (dos tomos) (2.^a edición). 2 pesetas.
- III.—Marianela (3.^a edición). 2 pesetas.
- IV.—La familia de Leon Roch (tres tomos) (3.^a edición). 6 pesetas.
- V.—La Desheredada (un tomo en 4.^o). 8 pesetas.

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SÉRIE.

- I.—Trafalgar (4.^a edición).
- II.—La corte de Carlos IV (3.^a edición).
- III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.^a edición).
- IV.—Bailén (2.^a edición).
- V.—Napoleón en Chamartín (2.^a edición).
- VI.—Zaragoza (2.^a edición).
- VII.—Gerona (2.^a edición).
- VIII.—Cádiz (2.^a edición).
- IX.—Juan Martín el Empeinado (2.^a edición).
- X.—La batalla de los Arapiles (2.^a edición).

SEGUNDA SÉRIE.

- I.—El equipaje del Rey José.
- II.—Memorias de un Cortesano de 1815.
- III.—La segunda casaca.
- IV.—El Grande Oriente.
- V.—7 de Julio.
- VI.—Los cien mil hijos de San Luis.
- VII.—El Terror de 1824.
- VIII.—Un voluntario realista.
- IX.—Los Apostólicos.
- X.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA
FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.^o de 400 págs.

2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán a la Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, calle del Barco, núm. 2 duplicado, Madrid.

EL AUDAZ
HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.^o de 336 págs.

LA FAMILIA DE LEON ROCH

TERCERA PARTE

I

Vuelve en sí.

Solo y sin calma estaba Leon Roch junto al lecho en que habia sido convenientemente acostada su mujer. Fijos los ojos en María, observaba cuanto en la mudable fisonomía de ésta pudiera ser síntoma del mal, anuncio de mejoría ó señal de recrudescencia. A ratos desviaba de la enferma su atención para traerla sobre sí mismo, mirando la situación penosísima en que le habian puesto sucesos y personas. ¿Cómo no pudo evitarla? ¿Cómo no tuvo prevision para impedir llegase por tan diabólicos caminos aquella conjunción de los dos círculos de su vida, cada cual sirviendo

3.^a PARTE.

1



de órbita, digámoslo así, al giro de contrapuestos sentimientos? Al formular estas preguntas parecióle que un reir burlesco estallaba en el fondo de su alma, repitiendo en caricatura aquellos propósitos suyos, contemporáneos de su noviazgo y casamiento. Los que hayan conocido al hijo del señor Pepe Roch en los días correspondientes al principio de esta verídica historia, recordarán que tenía planes magníficos, entre ellos el de dar al propio pensamiento la misión de informar la vida, haciéndose dueño absoluto de ésta y sometiendo á la tiranía de la idea. Pero los hombres que sueñan con esta victoria grandiosa no cuentan con la fuerza de lo que podríamos llamar el *hado social*, un poder enorme y avasallador, compuesto de las creencias propias y ajenas, de las durísimas terquedades colectivas ó personales, de los errores, de la virtud misma, de mil cosas que al propio tiempo exigen vituperio y respeto, y finalmente, de las leyes y costumbres, con cuya arrogante estabilidad no es lícito ni posible las más de las veces emprender una lucha á brazo partido. Leon se compadecía y á ratos se reía de sí mismo, diciendo: "Es verdaderamente absurdo que la piedra se empeñe en dar movimiento á la *hostia*."

Pensando estas y otras cosas no cesaba de

atender á la enfermedad de su mujer con solicitud. María Egipciaca habia vuelto de su estado comático varias veces durante el día; pero su mente estaba perturbada; no conocia á persona alguna ni acertaba á formular una frase con sentido. Quejándose de un dolor inmenso sin poder determinar en qué sitio ó entraña de su cuerpo estaba, queria lanzarse del lecho. Fué preciso emplear bastante fuerza para impedirlo. Por la noche su inquietud cesó, aunque no la fiebre. El médico pudo observar cierta tendencia á la regularidad en las pulsaciones. En su sueño decia no pocas palabras claras y precisas, indicando cierta coherencia en las visiones, y por último oprimió las manos contra su pecho y dijo en un grito:—"¡No, á ese no, á ese no: es mio!"

Después abrió los ojos, y revolviéndolos, miró á las paredes, al techo, á la cama, á los muebles, cual si á todas aquellas partes pidiese noticias del lugar donde se encontraba. Su hermosa mirada sin extravío revelaba ya un pensamiento sereno, vuelto, no sin fatiga, al carril de la cordura. Vió á un hombre que estaba junto al lecho, solo con ella, atento, vigilante, y al conocerle, los ojos de la enferma expresaron un sentimiento dulce.

—¿Tú?—dijo sonriendo.

Leon se acercó, inclinándose hácia ella.

Cuando metía su mano entre las sábanas para buscar la de ella y tomarle el pulso, María se apoderó del brazo de su marido, y estrujándolo sobre su seno, dijo con gemido:

—¡Ay! ¡qué gusto saber que era sueño lo que ví! Te habian pinchado en unos... así como grandes tenedores y te iban á meter en un horno lleno de fuego. Yo me moría de pena... sentí una opresion... grité...

El espíritu de la infeliz esposa, despues de agitarse en horrendos desvarios sin determinacion y de ser arrastrado en torbellino de visiones, que por tener todos los colores y las formas todas, casi no tenian ni forma ni color, habia caído en unas profundidades pavorosas, donde no habia nada, á no ser la idea pura de lo cóncavo, de lo oscuro, y el asombro de tanta hondura y oscuridad. Pero al sentirse en el término de aquel bajar rápido y creciente como el de la piedra lanzada al abismo, vió con claridad pasmosa. Aquello era el Infierno. Bien se comprenderá que la mística dama no podia ver aquel lugar temido y sus horribles habitantes sino tales y como los habia imaginado en la vida real, guiándose por descripciones escritas y por ingeniosas estampas. Pero como quiera que nuestras apreciaciones de lo sobrenatural se apoyan siempre en ideas corrientes y revis-

ten forma semejante á las que vemos aquí con nuestros propios ojos carnales, de tal modo que, segun las edades, varia la concepcion de lo eterno, á María Egipciaca se le representaban las zahurdas infernales como inmensos túneles de ferro-carril, ó bien como el recinto de una fábrica de gas, llena de humo y pestilencia, ó tambien cual negro taller de fundicion y forja, donde mil máquinas gruñian entre resoplido de fuelles, machaqueria de martillos y polvareda de ascuas y carbon. Los demonios, sin perder su histórica traza de hombrezuelos con pezuña y rabillo de innobles bestias, tenian no poca semejanza con maquinistas de ferro-carril ó poceeros de alcantarilla, con los manipulantes de la compañía del gas ó los infelices jornaleros de minas carboníferas, con los cíclopes de Birmingham y Scheffield, y aún con otros industriales de menor importancia, aunque de mayor limpieza. Todos estaban empapados en pringoso sudor, semejante á la infecta grasa de las máquinas.

Era una gran cavidad formada del cruzamiento de infinitos túneles, galerías, chatas crujías de hierro, y por todo ello corría un hálito sofocante de hulla, azufre, gas de alumbrado y tufo de petróleo, que eran los olores más aborrecidos de nuestra simpática heroi-

na. En aquel centro había un barullo, un estrépito, un vértigo del cual la dama no habría podido dar adecuada definición sino diciendo que era como si mil trenes de gran velocidad convergieran en un punto y en él chocaran, haciéndose pedazos y desparramándose después los coches y máquinas en todas direcciones para volver á reunirse. Las locomotoras eran en la mente de la delirante lo más principal de la maquinaria del infierno. Las veía pasar y correr volando con patas y alas de hierro untado de aceite hediondo, dando gruñidos y resoplidos, revolviendo sus rojas pupilas y expeliendo humo negro y aliento de vapor y chispas. Siendo del mismo tamaño de las que se ven en el mundo, allí parecían como un enjambre infinito de inmensas moscas que zumbaban en un recinto infinitamente grande y pavoroso.

En los primeros meses de su matrimonio María había hecho con Leon un viaje por Alemania. Entre otras cosas notables visitaron la célebre fábrica metalúrgica de Krupp en Essen. Esta visita, que impresionó mucho á la dama, no se borró jamás de su memoria, y en aquella hora de alucinación la imagen del colosal establecimiento tenía gran parte en la construcción fantástica del horrible presidio eterno á donde es llevado el hombre por sus

culpas. Otros talleres que había visto en Barcelona y en Francia prestaban algún elemento para rematar el terrible cuadro. Ella veía que algunos peritos eran puestos en el torno mecánico y torneados como cañones, ó bien pasados por laminadores, de donde salían como tiras de papel. Llevados luego á los hornos de luz blanca, tornaban á su forma primera. Los propagadores de ciertas ideas muy bellacas eran sujetos entre cadenas, y puesta la cabeza sobre un yunque, el martillo pilon de cincuenta toneladas les machacaba los sesos. Era de ver cómo los diablillos menores, ó sea la granujería del infierno, se entretenían en abrir agujeros con un berbiquí en el cráneo de algunos infelices, para introducirles con embudillo y cuchara un metal derretido, producto de un gran guisote de libros que se estaba haciendo al fuego en barrigudo perol negro, lleno de ideas heréticas. A otros que habían hablado mal de cosas sagradas, les estiraban la lengua unas diablitas muy feas, y juntándolas todas, es decir, centenares ó millares de lenguas, las ponían al torno para torcerlas y hacer una soga, que luego colgaban de la bóveda, de tal suerte que los discursistas parecían manojos de chorizos puestos á ahumar. En otros se ejercía un peregrino tormento, que casi parece incomprensible en

nuestro mundo terrenal, á pesar de que está lleno de telares, y es que tejian unos con otros á los condenados, enlazando piernas con brazos y brazos con cabezas, para formar una cuerda ó ristra, la cual se entretrejia con otra hasta formar una gran tela de dolor y lamentos. Esta tela se sometia á una especie de torno, donde se la estiraba hasta que su tamaño crecia desde kilómetros á leguas, y crugian los huesos, como si por sobre un infinito monton de nueces corriesen infinitos caballos, y se desgarraban las carnes entre alaridos. Arrojado despues todo al fuego, volvian los individuos á su forma primera y de su forma pristina á la repeticion del mismo entretenido tormento.

Todo esto lo vió María con indecible espanto; ella estaba allí y no estaba; no podia gritar, ni tampoco respiraba. Pero llegó un momento en que el dolor se sobrepuso al pánico. Entre los muchos condenados por imperdonables picardías vió á uno que parecia tener grandes merecimientos pecaminosos, segun lo mucho que le atendian los incansables y feísimos diablos y aún las asquerosas diablesas. Era Leon. María vió cómo se apoderaban de él, cómo le estrujaban las horribles manos pinçosas, cómo le revolvian en cazuelas hirvientes, sacándole con espuma-

dera y metiéndole con cuchara. Por último, le pincharon con un tridente y le acercaron á la boca de un horno cuyo fuego era tal, que el fuego de nuestro mundo pareceria hielo al lado suyo. Entonces María sacó de su pecho un grito, alargó el brazo, la mano... brazo y mano que tenian una legua... sus dedos se quemaban cercanos al horno...

—¡No, no; á ese no... es mio!

Aquí tuvo fin la vision. Desapareció como los renglones del libro que se cierra de un golpe. Pero la idea quedaba.